

Daniela

La voz de la valentía

¿A ti te ha pasado alguna vez que pareciera estar todo hecho, y al darte la vuelta ves que no hay nada en su sitio? Así tal cual, me siento yo ahora mismo.

Mi vida, era una vida ordenada. Mi relación de pareja parecía encajar en lo que cualquiera consideraría un amor acomodado, aparentemente tranquilo y sin altibajos.

Ni tan siquiera yo era capaz de ver más allá de lo evidente. ¿Me sentía elegida? Tal vez quería creerlo, pero desde luego no, ni de lejos lo estaba.

¿Cómo lo ves? Todo parece estar en su lugar y de un momento para otro, la vuelta a la tortilla. Y menos mal, también te digo. ¿Qué habría sido de mí sin tanto descalabro?

Quizás venir así a contarte mi historia de esta manera, pueda darte algo de no sé qué, pero es que hoy es uno de esos días en los que las preguntas ocupan más espacio que las respuestas, y claramente estas últimas se están haciendo de rogar.

Un día así de esos, uno cualquiera, uno difícil o cuesta arriba, o cuesta abajo sin frenos.

No obstante, esta fecha señalada con el nombre de **Ahora** tiene que ser algo bueno. Lo necesito. Hay algo mejor para mí, seguro. Lo sé.

Y está loquísima mi intención de mandar todo a, en fin, a ¿la mierda? Pero lo voy a hacer, de verdad.

Reconozco estar algo preocupada por esta sensación tan apremiante naciendo de mi corazón, pero ¿cuál es la alternativa, seguir así toda mi vida?

No. Un no rotundo. Yo soy la dueña de mi destino. ¿Es un destino incierto? Claramente. Así a primera vista, no parece que sea una caída entre algodones. Tengo ahorros y tiempo, y lo segundo más aún si dejo mi trabajo.

Sin duda, lo que sí tengo es necesidad de cambiar, de volar, de soñar. Yo me merezco lo mejor. Tiene que ser así. En este instante perfecto, lo decreto: de ahora en adelante todo va a ir como la seda.

Me permito sentir, caminar descalza por la hierba húmeda, encontrar mi lugar en el mundo, o al menos un lugar desde el que mirar el mundo al que pertenecer.

Bajar la voz, bañar mi piel bajo sol o la lluvia, no correr más de lo necesario, saberme valiente y valerosa. Son cosas que solo pensarlas, ya me emocionan.

¿Te imaginas? Esa vida es posible, ¿por qué no lo iba a ser para mí?

¿Acaso yo no merezco las mismas bendiciones que el resto?

Te voy a responder claramente: sí me imagino, por supuesto que es para mí, faltaría más, yo, tú y todas las personas de esta tierra nos merecemos las más elevadas bendiciones. Punto.

Hoy es el mejor día de mi vida, todo lo mejor está en mi camino y yo lo recorreré, recogiendo cada semilla de mi deseo más profundo, sembrándolo en la tierra que pisan mis pies, dejando que crezca libre, confiando en la grandeza de mi propio ser.

Ahora sí puedo presentarme con absoluta calma: esta soy yo, Daniela. Encantada de conocerte.

CAPITULO 1

Nueva etapa

Hoy por fin he llegado a mi nueva casa. Miro desde el ventanal de mi salón y me hipnotizo viendo cómo se mecen de lado a lado las ramas de los árboles frente a mí.

Siento como si las cajas se amontonaran por todas las esquinas. ¿Sabes esas veces que se siente como si las pequeñas cosas de la vida fueran una metáfora de la realidad? Así me siento yo hoy: un espacio por ordenar y una ardua tarea de recolocar, sobre todo después de las duras semanas de cambio y agotamiento.

Suerte del rico café que me levanta el ánimo. Su olor intenso apacigua mi mente. Amo, adoro este olor. Inunda mi casa y se funde con el aroma de la lavanda y la hierba mojada.

El perfume de la perfección. Me cautiva. Me aporta serenidad. Una mezcla sublime, evocando la belleza de cada instante. Tal y como es la vida, exuberante y efímera.

Soy consciente de que hay muchas decisiones por tomar en cada etapa. De momento voy tranquila, de una en una. Es algo que, la verdad, me ayuda mucho. No tener prisa. Difícil pero eficaz.

Tengo la certeza de ser la dueña de todo cuanto me rodea y me gusta. Imagino como será mi jardín de aquí en unos meses. Lleno de aromas y de flores. Bañado por el sol abundante, la suave brisa y,

por qué no, las risas de nuevos amigos, de abrazos que recogen el alma.

Un hogar nuevo. Y lo mejor, saber que está repleto de recuerdos aún sin vivir, de oportunidades, de risas...

Mi rostro me delata. En el reflejo de la ventana mis ojos brillan, mi pecho se desborda de agradecimiento y mi sonrisa se ilumina.

Bajo al porche y desde allí, de nuevo, percibo el olor a hierba mojada, el aroma de las flores que comienzan a despuntar.

Mi rinconcito de ensueño.

Por un instante una suave sensación me traslada en el tiempo. Como si hubiera sido ayer mismo, me veo de nuevo en la universidad, en aquel primer día, subiendo aquella horrible e infame cuesta que había para llegar a la facultad. Adornada eso sí, de las más hermosas y exóticas plantas que jamás había visto. Revoloteando sobre ellas las despreocupadas mariposas, posándose en cada flor con la delicadeza de un suspiro.

Cuando por fin llegué arriba, el trajín de estudiantes desconocidos riendo, gritando, corriendo de un lado para otro, me pareció extrañamente divertido.

Apenas si sabía dónde tenía que ir, así que me adelanté hasta una especie de zona de información, algo así como un tablón básico de esos que hoy bien podrían estar expuestos en un museo de antigüedades.

Por más que lo miraba, desde el ángulo que fuera, no acababa de entender cómo iba el tema de los pasillos y las aulas.

La verdad, estaba absorta en la tarea, cuando la voz de una mujer joven me sacó de mi ensimismamiento.

- No creo que lo puedas descifrar. De hecho, si lo haces, tendrás que publicarlo y tal vez consigas ganar un par de premios nobel - me dijo ella.

- Sí, sí -respondí mientras reía ante aquella ocurrencia-. Gracias, me siento algo mejor sabiéndolo. Que tal, me llamo Daniela, encantada, ¿toda la información de este sitio desinforma de esta manera tan profesional?

- Intuyo que sí. Me llamo Adele, estoy en el módulo 2 de psicología, ¿y tú?

- ¡Yo también!

- ¡No!, ¿de verdad? -asentí-. Qué bonita coincidencia. ¿Vamos juntas?

- Sí, por favor. Creo que te voy a perseguir para no perderme en este laberinto - reí.

Hoy, yo sé que a esta querida amiga le habría encantado estar aquí conmigo. Rememorar y reírnos de esas curiosidades que tiene la vida.

¿Dónde estará? La echo tantísimo de menos... Qué mujer tremenda, valiente. Siempre buscando la justicia.

Tengo tantas cosas que contarle. Me encantaría tenerla cerca y pedirle consejo.

Está claro. Sería perfecto. Pero la realidad es que no está. Estoy yo, es suficiente.

Mi primer día de suaves bamboleos y nuevo trabajo, que emoción. Te pongo en contexto, que así todo se entiende mejor.

Llevo tiempo recibiendo y dando clases de yoga en un lugar único, mágico. Allí es a donde voy.

Pero hoy todo es diferente. ¿Por qué? Te preguntarás. Te lo cuento por el camino, debo darme prisa para no llegar tarde.

Estoy segura de que todas me esperan. No se sí con alegría o curiosidad. Pero yo desde luego las voy a recibir con los brazos abiertos.

Estoy nerviosa y emocionada.

Si te soy sincera, nunca me había visto capaz de dinamitar mi vida de aquella manera. Después de tantísimo esfuerzo, está claro que perdí el eje de todo cuanto era. ¿Dónde quedaron el deseo y los anhelos? Pues vete tú a saber. Desde luego, no quedó ni la huella.

Antes de todo esto, y por un tiempo equivalente a un curso académico, había estado compaginando la tarea de reconocida abogada y humilde profesora de yoga con bastante éxito. Cada semana me acercaba a este mi nuevo pueblo, de camino entre mi despacho y las mil y una visitas a grandes corporaciones. Aquí era donde se encontraba el centro donde recibir e impartir clases de yoga.

Comencé yendo a él un poco por curiosidad y muy especialmente por necesidad. Tenía unos niveles de cortisol desorbitado, angustia y estrés en mi día a día.

Aquellas prácticas se convirtieron en el momento más feliz de la semana. Pero como todo lo bueno, con el tiempo empezó a saberme a poco.

Deseosa de adquirir nuevos conocimientos y de profundizar en las técnicas del yoga y el autoconocimiento, busqué sin parar.

Necesitaba conseguir la maestría que veía en mi profesora Olivia.

Caminé paso a paso, vivenciando la alegría de conectar con un ritmo natural y una respiración consciente.

Hice mi camino, como cada cual, con paciencia y mucha alegría. Algo relativamente nuevo para mí hasta entonces. Encontré mi ritmo y escuché por fin mi propia respiración.

Y si bien es cierto que, para entonces, me costaba demasiado dar el paso de librarme definitivamente de la pulcra y ordenada vida que llevaba, algo increíble sucedió.

Olivia pretendía jubilarse y el centro se cerraría. Nadie parecía estar interesado en mantener aquel negocio. Una señal, tal vez. Así lo interpreté yo. Podría transformar mi vida. Era un comienzo.

Por alguna extraña y potente razón, de esas que uno no puede desoír, el rumbo de mi historia debía cambiar. La puerta de lo desconocido se estaba abriendo y ya era incapaz de dar marcha atrás.

Por supuesto, no gustó en mi familia. Ya te imaginarás que mis amistades más conservadoras vaticinaron una auténtica catástrofe.

Nada de esto importaba, la verdad. En realidad, me sentía viva por primera vez y eso era mucho ya para mí.

Además, no te voy a mentir, ya contaba con todos estos pequeños detalles desalentadores, así que no me supuso ningún problema.

Mi antigua profesora de yoga, sin embargo, no dudó en augurar los mejores éxitos para mi carrera. Estaba pletórica sabiendo que seguiría en pie el centro una vez ella se jubilara y que, además, sería yo quien lo dirigiría.

Desde el día en que nos conocimos, el yoga, haciendo honor a su significado, nos unió, creando un vínculo íntimo y desinteresado mutuo.

Olivia fue durante mucho tiempo, y posiblemente durante el peor de los tiempos, mi pegamento a la vida.

Nunca podré agradecerle lo suficiente todo el amor y la dulzura con la que me trató. Poder mantener vivo aquel lugar era posiblemente la mejor manera de devolverle algo de todo lo recibido.

Reconozco que cada vez que entro en mi templo (así me gusta llamar a este sitio medio sagrado medio mundano en el que cuanto existe conecta), todo cobra sentido para mí.

El olor de los aceites y del incienso quemado, la ternura y el amor. Las mágicas sinergias que surgen, los abrazos y las miradas cómplices.

Aquí la vida se entiende y se construye desde otros parámetros, me encanta. Así pues, ahí estaba yo, vestida, preparada y lista para comenzar:

- Vamos chicas, primer día de clase después de tanto tiempo de vacaciones. A ver que tal va el cuerpo - intenté animarlas.

- Te he echado de menos Daniela, y a este sitio- comentó emocionada Sandra, una de las veteranas.

- Yo también. No seas demasiado exigente, please – suplicaba otra de ellas mientras me ponía ojitos.

- Venga chicas, que no será para tanto. Solo ha sido un mes sin venir y estoy segura de que... – quise mirarlas buscando leer sus mentes- habréis dedicado algo de tiempo a la práctica, ¿no?

Todas afirmaron. Alguna se encogió de hombros, no sé si por no saber o por no atreverse a reconocer. La escena era demasiado graciosa como para no reír.

- Vale, vamos. Cada una a su esterilla. No hay nada como hacer para averiguar – guiñé un ojo y se hizo el silencio.

La sesión fue como imaginaba. Para mí, extraordinaria. Reconectar, dejarme fluir. Un auténtico placer. Para alguna de ellas, extenuante.

Se notó especialmente en el relax final. Se acogió con demasiado gusto.

La vida en el templo es otro nivel.

Me encanta este rollo tan cercano que tenemos las profesoras con las alumnas. No obstante, soy consciente de que precisamente soy eso, la instructora. No la amiga ni la compañera.

Es importante, imprescindible incluso. Algo así como una madre y su hijo. Una cuida, otro es cuidado. No hay manera de invertirlo sin que se desvirtúe la esencia propia de la relación.

Y así con ese pensamiento revoloteando sobre mi cabeza volví a casa caminando por las calles oscuras de mi pueblito con la luna guiando mis pasos. Un lugar acogedor y saludable.

Me permití sumergirme en el sonido de las gentes recogién dose en sus hogares, organizando cenas, leyendo cuentos, reencontrándose tras un día duro de trabajo y esfuerzo.

Sinceramente, me conmovió y sin querer también me entristeció un poquito. Ahora yo estaba sola, o al menos así parecía estar sintiéndome. Y mira, reconozco que a veces eso se me hacía algo cuesta arriba.

Con todas esas emociones andaba yo ocupada cuando llegué a mi casa. Un hogar pequeño y no demasiado ocupado, al menos de momento. Abrí la puerta y apareció mi gatita Lúa. Es verdad recordé, no estoy sola, tú estás conmigo, mi nexa con el amor y el presente.

Normalmente me recibe con entusiasmo desmedido, hoy también. A veces pienso que se siente sola y otras que me idolatra. Ilusa de mí. Tal vez debería adoptar a otro gatito para que la pobre tenga compañía.

No sé muy bien que pensar en realidad, pero creo que por hoy ya ha sido suficiente. Toca cenar.

De entre todos los quehaceres domésticos, cocinar es sin duda mi favorito. Cada noche comienzo un nuevo ritual. Abrir y cerrar cajones con avidez, buscar la mezcla perfecta de ingredientes y crear el más delicioso plato jamás probado.

Pero cada noche, agotada y exhausta de la jornada laboral, acepto mis limitaciones. Echo mano a la vía fácil y busco en las redes sociales. Esto es lo que hay, me digo.

Encuentro mil millones de recetas deliciosas, de esas que se hacen en un abrir y cerrar de ojos con lo típico que una tiene por casa, o al menos eso prometen.

Así que, voy haciendo acopio de los ingredientes delantal en mano. Comienzo a cocinar.

Reemplazo este ingrediente con el otro hasta llegar a algo similar a lo prometido en la receta. La conclusión: voy a mirar si hay algún supermercado abierto, esto no hay quien se lo coma.

Mi gatita me mira como diciendo: ¿a dónde vas insensata a estas horas? ¡Si no me has puesto de comer!

Estaría bien poder entender el significado real de sus lastimeros maullidos, ¿sería algo así? No lo sé, pero el tiempo apremia y el supermercado no va a estar demasiado tiempo abierto. “Enseguida vengo amor, - le digo- no me olvido de tu comida, adiós princesa”. “Miau” me responde. Nos miramos y le contesto, “lo sé, yo también te quiero.”

Cerca de mi casa aún está abierto un supermercado. Más concretamente EL supermercado. Abierto para las rezagadas como yo o, por cierto, como ese hombre tan apuesto que acaba de pasar delante de mí a toda prisa.

Un adonis de esos que te quitan el hipo y te lo vuelven a colocar. Un metro ochenta, brazos fornidos, piernas robustas y, en fin, donde acaban, ya el colofón de la fiesta.

Pero ¿y ese quién es, por favor? Se me ha quitado el apetito, al menos el de cocinar.

La cajera nos mira implacable, a mí y a él, aunque yo juraría que con él no ha sido tan inflexible.

Seguramente yo tampoco le pondría pegas para entrar donde quisiera: el súper, un café, mi casa... uno no sabe que puede necesitar, pienso mientras subo mis hombros en un gesto de complicidad.

Tan pronto levanto la vista, veo como se está acercando a mí. Me mira con sus ojos marrones intensos y solo deseo que no haya podido adivinar mis pensamientos.

Estoy ruborizada, roja como un tomate, y de pronto le escucho decir: “Buenas noches, tú como yo, tarde”.

De mi boca solo consigue salir un sonido gutural. Incapaz de articular palabra comprensible alguna. Solo pude mirarle maravillada. No creía haber visto un ser tan bien hecho en años.

Embebida en mis pensamientos no me di cuenta de que su mano cada vez estaba más próxima a mí. Con gesto preocupado me acarició el hombro y con una preciosa sonrisa me dijo: “¿Estás bien?”

Oh, por favor, ¿de verdad está pasando? Tranquila, respira. ¡Qué respire, coño! Ay, Dios, ¿me acababa de tocar el hombro? Qué bien olía. Y yo ahí, muda, sin poder vocalizar palabra.

Un sudor entre frío y ardiente recorrió mi cuerpo desde los pies hasta la punta de la cabeza, hasta que por fin dije como pude: “Sí, sí, gracias, sí, tarde, sí encantada, sí Daniela”.

Por lo visto mi más que ridícula intervención le había parecido del todo graciosa.

Vi como extendía su mano y estrechaba la mía con firmeza. Con algo más de confianza me respondió:

“Hola Daniela, encantado de conocerte, me llamo Max. Espero poder verte de nuevo, aunque sea a última hora en nuestro supermercado”.

Sonreí, le dije adiós con un gesto lo más natural y acompasado que pude. No sé muy bien cómo se vería desde fuera, pero a ver, honestamente, yo me sentí como: buen trabajo nena, así se hace.

Me quedé ahí plantada pensando en su divertida manera de referirse a nuestro supermercado.

Y, como no, mi pequeña cabecita, ansiosa donde las haya por crear contenido tipo culebrón televisivo, comenzó a funcionar sin parar y acabó cayendo en el abismo de las mil y una preguntas sin respuestas:

¿Había sido una declaración de intenciones? ¿Era una forma divertida de referirse a nuestro furtivo encuentro? ¿Le volvería a ver?

Entre tanto había olvidado para qué había ido al supermercado.

Tomé un par de sándwiches precocinados y me acerqué a la caja.

A lo lejos aún podía ver la silueta de Max.

Me había quedado algo embelesada mirándole. Estaba ante la cajera, la misma que parecía estar echándome una reprimenda desde el primer momento en que me vio. Lógicamente, aprovechó el momento y soltó la pullita del día:

- Perdona, ¿te traigo café para acompañar las vistas o prefieres que te cobre para poder cerrar, bonita?

Lo de bonita, ya se veía que no iba en serio. Pero la verdad, un café y un pastel para disfrutar un ratito más de ese movimiento de cadera, no habría estado nada mal.

- Sí perdón. Disculpa, acabo de salir de trabajar y...

- Ya, ya. El paisaje invita a mirar – creí que reiría, pero no. Así que yo tampoco me atreví.

Por fin, al llegar a casa, me senté en silencio, cené y le di de comer a mi pequeña Lúa.

Ya en la cama, comenzó el ritual nocturno. Me acurruqué entre las sábanas. Lúa se acercó, entró por dentro hasta llegar a los pies y volvió a salir, acomodándose junto a mi cara. Ya las dos sabíamos que estábamos a salvo, juntas, entre ronroneos y arrumacos.

Hasta que empezó a sonar insistente y sin descanso el timbre de la casa. Había amanecido y a mí me había parecido un suspiro.

Sentí que el corazón se me salía por la boca mientras me apresuraba a bajar las escaleras. Abrí la puerta sin apenas aliento y no pude creer lo que estaba viendo frente a mí.